

# DESDE TU COLUMNA, CON TU DULCE MIRADA

*A la memoria de Manolo que nos dejó para estar contigo el lunes de Pentecostés del año 2016.*

Con la venia de Nuestro Padre Jesús atado a la Columna.

Segundo misterio doloroso del santo rosario: los azotes que Jesús recibió atado a la columna.

Cuántas veces, Señor, al rezarlo he meditado este pasaje de tu pasión, a solas, en privado, en la intimidad. Pero esta noche, lo haré de forma distinta. Quiero hablar contigo dialogante en tu columna, en voz alta, públicamente.

Señor, una vez más, amparado por el silencio de esta noche, he venido a encontrarme con tu presencia.

Después de postrarme a tus plantas, he subido a tu altar y besado tu pie. Al dirigir la mirada, para contemplar tu bendita Imagen, mis ojos se han clavado en tu espalda. Allí, he visto tu misericordia.

Señor, nos hemos reunido esta noche aquí, sin prisas, movidos por la fe y el amor que nos une a Ti, para ponernos a los pies de tu columna, y dedicar este tiempo a la meditación.

Jesús atado a la Columna, fuiste flagelado en ella para redimir los pecados del hombre. Pero Tú, con qué amor recibes el injusto castigo.

¿Y qué hago para soltarte? nada. Permanezco expectante, inmóvil, no reacciono como Tú quisieras ante tan gran injusticia. Estoy ciega. Me ofusca la soberbia y el egoísmo.

Jesús atado a la Columna, perdona mis faltas y olvidos, perdona mi ingratitud. Mi prepotencia, mi envidia, mis odios y falsos perjuicios. Mi vanidad. Perdona mis mentiras, mi hipocresía. Otórgame tu misericordia y clemencia. Apíadate de los que te buscamos y enséñanos a ser como Tú, humildes, pacientes, callados. Concédenos la gracia para cumplir siempre tu santa ley, muéstranos cómo vivir y morir en tu bendito amor.

En Juan 15, 35 podemos leer *“amaos los unos a los otros como yo os he amado”*.

¿Por qué yo, Señor? ¿Quién soy yo, para hacer la meditación, antes de que seas entronizado en tu paso de salida?

¿Porqué este año te has fijado en mí para tan solemne acto? ¿Qué pueden decir mis palabras, que no se hayan dicho ni oído ya, con anterioridad, en las naves de este templo?

Cuando me lo propusieron dije sí. sin pensármelo. Sin reflexionar, desconociendo el encargo difícil e importante que me había sido encomendado. Luego me arrepentí. No me sentía cualificada para hacerlo. Pero cómo podía negarme, al gran honor, que tan amablemente me había sido concedido.

Jesús atado a la Columna, quiero hacer mi meditación en forma de oración, depositarla a los pies de tu columna, y ofrecértela como promesa de amor eterno.

Lo haré en voz baja, para no quebrantar este silencio del que están impregnadas las naves del templo y arropada por cuantas personas están aquí esta noche.

Sé que me oirás, como haces siempre con todos los que a Ti acudimos, porque no hace falta elevar la voz para hablar contigo. Tú siempre nos escuchas.

#### **Y PILATOS LO MANDÓ AZOTAR.**

¿Qué mal has cometido Señor? ¿Por qué te van a juzgar, vas a ser flagelado y te van a condenar a muerte?

La flagelación, en el derecho romano, debía necesariamente preceder a la crucifixión. En el caso de Jesús, Pilatos, según san Juan, mandó azotarle antes de pronunciar la sentencia de muerte y precisamente para no tener que llegar a ella.

Recibiste el injusto castigo con resignación, paciencia, ternura, caridad, en silencio, sin abrir los labios para quejarte o defenderte, con humilde aceptación y obediencia.

En Lucas 22, 42 leemos: *“No se haga mi voluntad, sino la tuya.”*

La flagelación, sólo estaba destinada a ladrones y esclavos. Para Ti fue el tormento más cruel y vergonzante que recibiste y la principal causa de tu muerte.

Pilatos creía en tu inocencia, quería soltarte, pero el pueblo encolerizado pedía a gritos tu muerte.

Llegas al pretorio por segunda vez. Eres recibido ante una multitud, que prefería soltar a Barrabás.

San Lucas, explica los esfuerzos de Pilatos para salvarte, citando la frase del prefecto *“le castigaré y luego le soltaré”*.

En otro momento dijo *“no encuentro en él causa alguna de condena”*.

En un tercer juicio, Pilatos vuelve a decir *“ni Herodes ni yo, encontramos en él, causa ninguna de muerte”* pero la multitud seguía gritando: no queremos que liberes a Jesús, sino a barrabás *“crucificalo, crucificalo.”*

Los soldados, te llevan a una columna para flagelarte. Te despojan de tus vestiduras. Te golpean con furor. Hasta el agotamiento. Se mofarán de Ti, te coronarán de espinas.

Ya estás todo lacerado y no hay parte sana en Ti. Casi muerto, agonizante, caes en tu propia sangre. Pero bajo esa sangre, Señor, se descubre tu rostro santísimo, desfigurado, rendido de tanto amor entregado, pero lleno de dulzura, y de paz.

Ahora quiero limpiarte la sangre y besarte, pero veo, que tus enemigos te llevan de nuevo ante Pilatos. Él te condenará a muerte.

¿Somos nosotros de los que gritan crucificalo o luchamos por desatarte y dejarte en libertad?

Señor, cuántas veces, te golpeamos, te injuriamos, nos reímos de Ti, te negamos... pero Tú, todo lo soportas en silencio, perdonándonos una y otra vez. Devolviéndonos golpes con amor. Un amor desbordante, que nos enseña hasta qué punto hay que perdonar. Con ese amor infinito que te caracteriza. Mirándonos con tu eterna dulzura, dándonos la mayor lección de amor que se ha dado en la historia de la humanidad.

En tus ojos se refleja la bondad y la hermosura de Dios. Cuando nos miras, recibimos una luz, que ya no se irá de nuestra vida.

En Jn 15, 13 leemos *“nadie tiene más amor que el que da la vida por sus amigos”*.

Jesús atado a la Columna, Tú sabes, de mi devoción hacia Ti. Empezó hace ya más de 40 años, de mano de la persona que ha sido más importante en mi vida, pilar de mi familia y padre de mis dos hijos, que ya goza de tu presencia desde un lunes de Pentecostés.

Gracias a él, aprendí a confiar en Ti, a rezarte y a pedir tu ayuda en los momentos duros y difíciles de la vida.

Nuestro enlace fue sellado, como no podía ser de otra manera, aquí, en esta iglesia, ante tu mirada y la de tu Santísima Madre, la Virgen de la Paciencia.

De esta unión, nacieron dos hijos, M. Carmen y Manuel, que al igual que Manolo hizo hasta el final de su vida, te acompañan en la salida procesional del Jueves Santo.

Sé que igual que él te acompañó siempre en tu estación penitencial, Tú lo acompañaste durante su enfermedad, ayudándole en los duros y difíciles momentos de ésta.

Jesús atado a la Columna, en la penumbra de la iglesia de Santiago, pienso en las veces que nos hemos postrado a tus pies, porque nos sentíamos perdidos, sin encontrar salida a nuestros problemas y en las veces que nos has escuchado, con tu ayuda, hemos encontrado luz en la oscuridad. Nos ha enseñado el camino a seguir. Porque Tú, eres el cayado en el que nos apoyamos para caminar, el faro que nos guía, llevando luz donde hay tiniebla.

Cuántos secretos conoces, Señor, cuántas penas y cuántas alegrías, siempre ahí, en tu soledad, atado a tu columna, quieto, humilde, sereno.

Pero nosotros, al igual que el sayón, te seguimos azotando con nuestra crueldad, con nuestra indiferencia ante los problemas ajenos, con nuestra falta de sensibilidad hacia los más desfavorecidos, con nuestro fariseísmo, con nuestras envidias y resentimientos y sigo preguntándome ¿cómo has llegado ahí, Señor? ¿quién te ha amarrado a la columna, a la que llevas tantos años unida y de la que no te desatas?

Si soy yo la que pequé ¿por qué cargas con mis culpas? ¿por qué eres castigado siendo inocente?

El amor y la misericordia te hicieron tomar esta carga tan pesada. Fuiste vendido por treinta monedas, traicionado por el beso de un amigo, abandonado por todos, negado no una, sino tres veces por Pedro, que tras las negaciones lloró amargamente.

Las lágrimas de Pedro son la reacción lógica de los corazones nobles, movidos por la misericordia de Dios.

Siendo inocente, te sometiste a la voluntad del padre, aceptaste tu condena, porque Tú viniste al mundo a padecer y no a escapar.

Cuántas veces, Señor, te negamos nosotros, pero Tú, igual que hiciste con Pedro, nos miras y volvemos a sentir tu perdón.

Míranos Jesús, para sentirnos perdonados. Puede que tu mirada, también nos haga llorar. Haz que guardemos tu mirada en nuestros corazones para que no se nos olvide, y danos la gracia necesaria para que no volvamos a pecar.

## EL SEÑOR ES ACUSADO Y CALLA.

Con tu silencio, no confirmabas la acusación, sino que la aceptabas. Fuiste modelo de misericordia y perdón.

Consolaste a las mujeres que te consolaban a ti. Perdonaste a los que te condenaron a muerte. Abriste la puerta del paraíso al buen ladrón. Tocaste el corazón del centurión.

Con tu ejemplo, aprendimos, que el amor es más fuerte que el pecado. Nos enseñaste, que la oración, nos da fuerzas para superar cualquier problema.

Eres bondad, mansedumbre, comprensión, corazón abierto. En Juan, 14, 6 encontramos *“Él, es el camino, la verdad y la vida.”*

Con tu sangre, derramada libremente, nos has merecido la vida, y nos has abierto el camino, en tanto lo recorreremos. La vida y la muerte son santificadas y adquieren nuevo significado. Das vida donde hay muerte y amor donde hay odio.

Jesús atado a la Columna, tu Imagen es la que da sentido a la fe, don que Dios nos otorgó, privilegio del que todos podemos disfrutar.

Tu rostro refleja la paz, el amor, la paciencia y la misericordia hacia todos los que a ti acudimos, siempre en tu columna, con tu dulce mirada.

¡Cuántas cosas nos enseñas, señor, desde ella! Pero nosotros, al igual que el sayón, seguimos flagelándote día a día, con los odios, las guerras, las envidias, matando inocentes, que no han pedido ser concebidos, pero que quieren nacer y que tienen derecho a hacerlo.

El aborto, ese látigo que te sacude día a día. Que mata a inocentes, que por descuidos o porque no cuadran en ese momento, son eliminados. O los que por traer un cromosoma de más, no tienen derecho a la vida.

La natalidad de niños con síndrome Down, es actualmente, sólo de 1 por cada 792 nacimientos.

Jesús atado a la Columna, cuánto sufres con los que mueren por causa del cáncer, con los que pierden la vida injustamente de forma violenta a manos de unos indeseados, con los niños, a los que no dejaron ver lo bonita que es la vida, condenándolos a no nacer, con las mujeres, víctimas de la violencia de género, que son asesinadas a manos de sus parejas, con las personas, que lo han dado todo en su vida y que al final de ésta, se encuentran solos y abandonados, con los niños víctimas de abusos y violencia, con las familias desestructuradas, con los padres que sufren al ver a sus hijos destruidos por la droga.

Con los matrimonios rotos antes de darse un tiempo a la reflexión. Con los hogares vacíos de amor, con los que han perdido la fe, con los hermanos que se niegan el saludo, con los inmigrantes, los refugiados, con los que sufren a causa de las guerras y terrorismo.

Con los marginados o castigados por defender los derechos de los débiles y maltratados. Y con tantas y tantas injusticias que desde tu columna ves a diario.

Jesús atado a la Columna, bendícenos, haz que disfrutemos de la paz, aléjanos de todo lo que pueda perjudicarnos, infúndenos fortaleza, cuando el dolor y la enfermedad nos visite. Enséñanos a soportar el dolor como Tú, con dignidad y humildad. No nos abandones, transmítenos tu fe, ayúdanos a llevar una vida digna y buena. A renunciar al egoísmo. Haz que la oración sea la fuerza que nos acompañe. Señor, enséñanos a orar. Vuelve a enseñarnos a rezar el padre nuestro desde el fondo de nuestro corazón.

Cuando terminen mis palabras, serás portado en andas, conducido por las naves del templo. En la penumbra, Señor, sabremos encontrar la luz de tu rostro. Esa luz que nos saca de las tinieblas, sólo el sonido de una saeta romperá el silencio en tu caminar.

Una vez en tu paso, rezaremos la oración que Tú mismo nos enseñaste. Ya estarás preparado para tu salida. Lo harás en la tarde del Jueves Santo. Jueves eucarístico. Día en que se instituye la eucaristía.

Decía san Agustín que la eucaristía es sacramento de amor, signo de unidad y vínculo de caridad.

Bajo los sonos de una marcha, saldrás de la iglesia de Santiago, para pasear por las calles de tu barrio.

No pases de largo, Señor, haz que tu paz nos inunde, consuélanos con tu gracia, bendícenos con tu infinita bondad y misericordia.

Señor, hoy, arrepentida y avergonzada, me postro ante Ti, dejando a tus pies mis besos y mi esperanza, solicitando el perdón que no merezco y ante mis culpas y faltas tu respuesta vuelve a ser la misma, ofrecerme nuevamente tu mano.

En Mt. 11, 28 encontramos *“venid a mí los que estéis cansados y oprimidos, que yo os aliviaré”*. No permitas, que al solicitar tu perdón, olvide los errores que cometí, para que no vuelva a caer en ellos.

Haz que tu amor sea lo primero que vea cada mañana al despertar y lo último que sienta al terminar el día.

Señor, al igual que otros años, mis pasos te seguirán, caminaré tras de Ti. Mis ojos irán fijos en tu espalda, donde están las huellas de mis pecados.

Jesús atado a la Columna, despierta en mí tu paz, levanta en mí tu fe, acompáñame siempre en mi caminar. No permitas que se apague la llama que esta noche has encendido en mí. Guarda contigo mi oración.

Jesús atado a la Columna, desde este atril, hago el propósito, de que este año y todos los que esté en este mundo, tu espalda, no esté marcada por mis culpas. Ayúdame Señor.

Quiero terminar con una oración de fray Martín de Porres.

Átame, Señor, contigo  
con lazos de amor,  
a la columna sólida  
de la voluntad del padre.  
Y ayúdame a permanecer allí,  
venga lo que viniera,  
en tu compañía.  
Apiádate del dolor,  
el pesar y el abandono,  
de los que al pie de tu trono,  
vienen a sacrificar su amor.  
De sus penas incesantes  
calma el acervo dolor  
que te ofrecen suplicantes  
misericordia, Señor.

Amén.

Amalia Fernández Domínguez  
6 de abril de 2019